

La fraternidad sacerdotal en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*

S.E.R. Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei

Eran frases pronunciadas como de pasada, en medio de una de aquellas conversaciones familiares, humanas y sobrenaturales, en las que procuraba encender en amor a Dios las almas de quienes nos encontrábamos a su lado. Observaciones, comentarios breves: «vosotros estáis comenzando la vida», nos decía el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en una mañana romana del mes de junio. «Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo. ¡Hay tantas cosas que hacer en el mundo! Vamos a pedir al Señor, siempre, que nos conceda a todos ser fieles, continuar la labor, vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, la otra se va: como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esa otra Vida!»¹.

No podíamos imaginar que pocos días después, el 26 de junio de 1975, llegaría la hora en que el Señor había de llamarle a su presencia, el momento de ese paso definitivo que ansiaba con ímpetu creciente: *vultum tuum, Domine, requiram!*, repetía con el salmista².

Muchos años han pasado desde entonces. Espontáneamente, muchas veces al día, vuelven a mi memoria tantos detalles de su vida; el calor de su palabra, su alegría constante, su insistencia en recordarnos que somos hijos de Dios, por la gracia, y que hemos de comportarnos como tales, en medio del trabajo y de las ocupaciones cotidianas.

Los años, lejos de hacer del Beato Josemaría una figura distante, nos lo han acercado. Aumentan cada día los testimonios de gentes de todos los países, hombres y mujeres de los ambientes y culturas más diversos, de las más dispares posi-

* Artículo publicado en «Palabra» 239 (junio 1985) pp. 274-279. También en el libro *Sacerdotes en el Opus Dei*, de L. F. MATEO-SECO y R. RODRÍGUEZ-OCAÑA, Pamplona 1994, pp. 297-311.

¹ J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 7-VI-1975 (AGP, P01 1975, p. 847).

² *Sal* 26, 8.

ciones sociales y de toda la gama de profesiones, que relatan cómo su encuentro con el Fundador del Opus Dei les ha movido a retornar a la cercanía con Dios, a apretar su paso tras el Señor, a luchar decididamente en la búsqueda de la santidad, recorriendo esas tres etapas que señalaba en Camino: *que busques a Cristo, que encuentres a Cristo, que ames a Cristo*³.

1. UNIDAD DEL SACERDOCIO Y FRATERNIDAD SACERDOTAL

«Trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred todos a una, sufrid, dormid, despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores»⁴. Esta exhortación de San Ignacio de Antioquía, se presta muy bien para poner de manifiesto un rasgo destacado de la fisonomía espiritual del Beato Josemaría: el empeño continuado y creciente con que, desde los primeros años de sacerdocio, se esforzó por vivir y hacer vivir en profundidad el sentido de la fraternidad sacerdotal. Esta es nuestra gran tarea, repetía a los sacerdotes que acudían a escucharle: amar a nuestros hermanos sacerdotes. Hemos de sentir la satisfacción de ser servidores de todas las almas, pero en primer lugar de los sacerdotes, nuestros hermanos⁵.

No se quedaba su afán en un simple sentimiento o en actitudes convencionales. Era poco amigo de las apariencias; le gustaba hablar más con los hechos y se esforzaba por transformar en realidades las exigencias que Dios ponía en su alma. Por eso, entenderá siempre que la unión entre los sacerdotes debe manifestarse en una ayuda mutua para cumplir mejor, con mayor eficacia, las obligaciones del ministerio recibido; una ayuda llena de cariño sobrenatural y humano, para que ninguno se sienta sólo en la tarea que le ha sido encomendada y en la lucha por alcanzar la santidad.

Desde el primer momento, tratará de reavivar en otros sacerdotes, con su amistad y trato leal, un amor encendido a Jesucristo y una honda piedad, sobre todo en quienes quizá había quedado adormecida. Su juventud no era obstáculo a esta labor; o mejor, era un inconveniente que superaba con el impulso de su celo por las almas. Se le podían aplicar las palabras de la Escritura: «he entendido más que los ancianos, porque cumplí tus mandatos»⁶. Y así, ocurrió que sacerdotes de mayor edad le descubrieran como un padre, y le confiaban su amistad y la dirección de sus almas.

³ Cfr. *Camino*, 382.

⁴ SAN IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Epistula ad Polycarpum*, VI (PG 5, 724).

⁵ J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 26-X-1972 (AGP, P04 1972, II, p. 765).

⁶ *Sal* 118, 100.

Sólo una fe hondamente arraigada es capaz de impulsar a grandes osadías, y en esta virtud alimentaba el Fundador del Opus Dei la fortaleza de su donación completa. Con los ojos de la fe, descubre en sus hermanos en el sacerdocio la figura amabilísima del Salvador, y comprende que cada uno de ellos le reclama la misma entrega. *¿Cuál es la identidad del sacerdote?*, se preguntaba muchas veces en sus charlas; y brotaba enseguida la respuesta, con la firme persuasión de la fe: *la de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya “alter Christus”, sino “ipse Christus”: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote eso se da inmediatamente, de forma sacramental*⁷.

A los sacerdotes les une, en Cristo, la común ordenación, por la que cada uno es configurado con Jesucristo Sacerdote, de modo que pueda actuar *in persona Christi Capitis*⁸. Y, radicada en esa común condición ontológica, les une la también común misión recibida para la edificación del Cuerpo de Cristo⁹. Por eso —así lo enseña el Concilio Vaticano II—, los sacerdotes están unidos «en íntima fraternidad, que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de caridad»¹⁰. Esta unidad entre los sacerdotes, como afirma Juan Pablo II, «no es una unidad o fraternidad que sea fin en sí misma. Es *por amor al Evangelio*, para simbolizar, en la actuación del sacerdocio, la dirección esencial a la que el Evangelio llama a todos: la unión de amor con El y con los demás»¹¹.

Con idéntica fe, con el mismo ideal de los inicios de su sacerdocio, y con el convencimiento de secundar la Voluntad de Dios, se entregará después el Beato Josemaría a una intensa actividad. Mientras crece el Opus Dei y comienza su expansión por todo el mundo en los años cuarenta, encuentra tiempo —sin vacilar ante el cansancio y la enfermedad— para predicar innumerables tandas de cursos de retiro al clero. Invitado por Obispos de muchas diócesis españolas, se desplaza aquí y allá, sin aceptar compensación económica alguna, y venciendo el reparo que su humildad le hacía sentir ante la tarea de predicar a sus hermanos sacerdotes: la de *vender miel al colmenero*, como solía decir gráficamente.

Amaba mucho a los religiosos y fue también grande —se alegraba su corazón al recordarlo— el número de cursos de retiro que impartió a comunidades de toda España. No obstante, se sentía inclinado especialmente al servicio del clero secular: *Yo tengo vuestra misma vocación. Nunca he tenido otra. Por eso, no ofen-*

⁷ *Sacerdote para la eternidad*, 68.

⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 2.

⁹ Cfr. *Ef* 4, 12.

¹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 28.

¹¹ JUAN PABLO II, *Homilía*, Filadelfia, 4-X-1979, 4: «Insegnamenti» II (1979) 604.

do a los religiosos —a quienes tanto quiero— si a vosotros os amo de manera muy particular. Es una obligación especial de fraternidad¹².

De aquellos millares de sacerdotes que le escucharon, son muchos los que, al cabo de los años, recuerdan como algo definitivo en su vida la vibración de Amor de aquel hermano suyo, que les confirmó en la vocación, les infundió celo renovado por las almas y les empujó a decisiones firmes de cumplir en todo momento la Voluntad de Dios.

En una ocasión, para expresar con claridad las razones que le movían a ese empeño suyo, por reavivar la fraternidad sacerdotal, relataba lo que había escuchado durante uno de aquellos cursos de retiro a un sacerdote que sufría una gran calumnia. *Y los hermanos nuestros que están cerca de usted, ¿no le acompañan?*, le preguntó; la respuesta le llenó de pena: “yo me junto solo”. Al recordar esta anécdota, instaba con fuerza: *¡no toleréis que se maltrate a un hermano nuestro sacerdote!*¹³.

El Fundador del Opus Dei, que había experimentado —forma parte también de los caminos que prepara el Señor— el sabor amargo de las calumnias, conocía bien la receta contra la soledad: *no es verdad que los sacerdotes no tengamos amor: somos enamorados del Amor, del Hacedor del Amor. Mienten quienes dicen que los sacerdotes estamos solos: estamos más acompañados que nadie, porque contamos con la continua compañía del Señor, a quien tratamos ininterrumpidamente*¹⁴.

Jesucristo es el Amor del sacerdote; es El quien ha entrado en su alma y le ha hecho escuchar su llamada: «Yo te he redimido, y te he llamado por tu nombre: ¡tú eres mío!»¹⁵. La entrega total al amor de Cristo, especialmente manifestada en el celibato, capacita al sacerdote, afectiva y efectivamente, a tener el corazón abierto a todas las almas¹⁶. Y este mismo amor hará que, en los momentos difíciles, en las circunstancias aparentemente más adversas, cuando quizá se torna duro el caminar, el sacerdote se sepa acompañado por Jesucristo. «Recuerden los Presbíteros —se lee en el Decreto *Presbyterorum Ordinis* — que nunca están solos en la realización de su labor, sino que están sostenidos por la fuerza omnipotente de Dios: y, creyendo en Cristo, que los llamó a participar de su Sacerdocio, deben consagrarse con toda confianza a su ministerio, conscientes de que Dios es poderoso para aumentar en ellos la caridad»¹⁷.

¹² J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 3-VI-1974 (AGP, P04 1974, I, p. 201).

¹³ *Ibidem*, 17-VI-1974 (AGP, P04 1974, I, p. 619).

¹⁴ *Ibidem*, 15-III-1969 (AGP, P02 1969, p. 318).

¹⁵ *Is* 43, 1.

¹⁶ Cfr. PABLO VI, Enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 32.

¹⁷ CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 22.

«Recuerden también —añade el Decreto— que tienen la compañía de sus hermanos en el sacerdocio y de los fieles de todo el mundo»¹⁸. Sabía igualmente el Beato Josemaría que el sacerdote como cualquier hombre, necesita del aliento y cariño de los demás. *Que os ayudéis, que os queráis. Que ninguno de vosotros se encuentre solo, insistía machaconamente. Procurad acompañaros, también humanamente. Tened un corazón de carne, que de carne es el corazón con el que amamos a Jesús y al Padre y al Espíritu Santo. Si veis apurado a alguno de vuestros hermanos, ¡id, id a él, no esperéis a que os llame!*¹⁹. También así se manifestaba que la palabra y la oración del sacerdote es «un testimonio elocuente de nuestro Dios, rico en misericordia»²⁰.

2. LA SANTIDAD PERSONAL, PRESUPUESTO Y TÉRMINO DEL SERVICIO FRATERNAL

A través de las palabras del Beato Josemaría, la gracia de Dios provocaba afanes de lucha interior en sus interlocutores; movía, empujaba, arrastraba —¡y con qué ímpetu! — por el camino de la fidelidad y del Amor. Ponía en el corazón de cada uno exigencias claras, precisas, que resumía en un solo concepto: santidad personal.

Quería evitar que se produjera la postura fácil —tibia, falta de amor de Dios— de quien se abandona a un cumplimiento meramente externo y rutinario de sus deberes. No caben claudicaciones; la misma vocación cristiana llama a cada uno a una vida verdaderamente santa. Los sacerdotes, enseña el último Concilio, «ya en la consagración del Bautismo —como los demás fieles— recibieron el signo y el don de una vocación y gracia tan altas que, aun en medio de la flaqueza humana, pueden y deben tender a la perfección conforme a las palabras del Señor: *sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48)*»²¹.

Nunca cejó el Fundador del Opus Dei en su tesón por difundir esta doctrina. *Por exigencia de su común vocación cristiana —como algo que exige el único bautismo que han recibido—, había escrito en 1945, el sacerdote y el seglar deben aspirar, por igual, a la santidad, que es una participación en la vida divina (cfr. San Cirilo de Jerusalén, Catecheses 21, 2). Esa santidad, a la que son llamados, no es mayor en el sacerdote que en el seglar porque el laico no es un cristiano de segunda*

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 26-X-1972 (AGP, P04 1972, II, p. 767).

²⁰ JUAN PABLO II, *Discurso*, Tokio, 23-II-1981: «Insegnamenti» IV (1981) 492.

²¹ CONCILIO VATICANO II, *Decr. Presbyterorum Ordinis*, 12.

categoría. La santidad, tanto en el sacerdote como en el laico, no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana, que la plenitud de la filiación divina²².

Además, en los sacerdotes se añaden motivos especiales, «puesto que, consagrados a Dios de un nuevo modo por la recepción del Orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo Eterno Sacerdote, para proseguir a través del tiempo Su admirable obra, que restauró con divina eficacia toda la comunidad humana»²³. El Beato Josemaría no dejaba de insistir en esta exigencia: *El sacerdocio pide —por las funciones sagradas que le competen— algo más que una vida honesta: exige una vida santa en quienes lo ejercen, constituidos —como están— en mediadores entre Dios y los hombre*²⁴.

La libertad, ese don natural magnífico que el Señor ha otorgado al espíritu creado, lejos de constituir un salvoconducto para la propia comodidad, reclama de la persona humana un maduro sentido de la responsabilidad. En efecto, cada sacerdote —decía el Fundador del Opus Dei— *es libre de seguir en su vida espiritual y ascética y en sus actos de piedad aquellas mociones que el Espíritu Santo le sugiera, y elegir —entre los muchos medios que la Iglesia aconseja o permite aquéllos que le parezcan más oportunos según sus particulares circunstancias personales*²⁵. En el ámbito de esa personal autonomía, al tiempo que proporciona su gracia, el Señor pide que busquemos la santidad con todas nuestras fuerzas.

«Este sacrosanto Concilio —de nuevo son palabras del Vaticano II— exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen por alcanzar una santidad cada vez mayor, para convertirse, día a día, en más aptos instrumentos en servicio de todo el Pueblo de Dios»²⁶. Adquiere mucha categoría —y no sólo para la persona misma del sacerdote— su correspondencia con fidelidad a la llamada de Jesucristo, ya que de esa respuesta depende también la eficacia de su ministerio sacerdotal en bien de las almas que le han sido confiadas.

«Yo por ellos me santifico»²⁷, dijo el Señor. Estas palabras no indican —en Cristo— un proceso de crecimiento en santidad, sino el ofrecimiento de Sí mismo en sacrificio por todos los hombres²⁸, pero invitan a cada sacerdote —alter Christus, ipse Christus— a una entrega sacrificada a los demás, que no puede tener

²² Cit. por A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid 1979, pp. 111-112

²³ CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 12.

²⁴ J. ESCRIVÁ, *Carta 2-II-1945*, 4.

²⁵ *Conversaciones*, 8.

²⁶ CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 12.

²⁷ *Jn* 17, 19.

²⁸ Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Iobann.* 17, 19 (PG 59, 443).

otra raíz que la santidad personal: el empeño creciente por identificarse con Quien es el Sacerdote Santo²⁹.

Por eso, el Beato Josemaría se oponía tajantemente a una visión deformada que contraponga el ministerio sacerdotal y la vida espiritual: *no creo en la eficacia ministerial del sacerdote que no sea alma de oración*³⁰. Tomarse en serio la propia vocación, empeñarse en dejar que Jesús se posea del alma, lleva al convencimiento de que sólo es verdaderamente eficaz el ministerio sacerdotal cuando se alimenta de un trato continuo con Dios; a la certeza de que es la misma vida espiritual la que, a su vez, impulsa y estimula la acción ministerial³¹. Así se ha verificado siempre en la conducta de los sacerdotes santos; así lo pone en evidencia la vida del Beato Josemaría.

3. LA SOCIEDAD SACERDOTAL DE LA SANTA CRUZ

No es posible reflejar en estas líneas, siquiera a grandes rasgos, la heroicidad con que el Fundador del Opus Dei vivió la fraternidad sacerdotal. Hay, sin embargo, un momento en su camino por la tierra particularmente significativo, que no quisiera pasar por alto.

El Beato Josemaría poseía esa finura de espíritu que sabe descubrir en todo momento los deseos de Dios, sin detenerse ante el sacrificio que la correspondencia a los planes divinos puede comportar. Y, al advertir que el Señor le requería para trabajar con los sacerdotes, viendo ya en marcha el Opus Dei y cercana su aprobación definitiva, decide dejar la Obra para poder dedicar todas sus energías a fundar una Asociación dedicada a esos hermanos: *por amor vuestro, que es amor a Jesucristo*³², explicaría en cierta ocasión a un grupo de sacerdotes. Después de obtener el beneplácito de la Santa Sede, comunicó esta determinación a sus colaboradores más inmediatos en el gobierno del Opus Dei.

Imagino el profundo dolor que les produciría, aunque comprendían la necesidad apostólica de esa nueva fundación; pero, ante todo, impresiona el heroísmo con que el Beato Josemaría estuvo siempre dispuesto a responder a lo que el Señor le pidiera, e incluso, si se diera el caso, a abandonar lo que, secundando fielmente la Voluntad divina, había nacido en sus manos con tanta oración y tanto sacrificio.

²⁹ Cfr. *Hb* 7, 26.

³⁰ *Conversaciones*, 3.

³¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 13.

³² J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 14-XI-1972 (AGP, P04 1972, II, p. 475).

El Señor le hizo ver la solución jurídica que le faltaba, y, con la aprobación pontificia del Opus Dei en 1950, los sacerdotes diocesanos podrán adscribirse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, indisolublemente unida al Opus Dei, sin cambiar para nada su situación jurídica y canónica.

Es ésa, precisamente, una característica esencial de la espiritualidad de la Prelatura del Opus Dei: que cada uno, sin salirse de su sitio, busque la santificación santificando su trabajo profesional, en su propio estado, dentro de la misión que le corresponde en la Iglesia y en el mundo. Era evidente que cabía también el sacerdote diocesano, pues, al incorporarse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, *no modifica ni abandona en nada su vocación diocesana —dedicación al servicio de la Iglesia local a la que está incardinado, plena dependencia del propio Ordinario, espiritualidad secular, unión con los demás sacerdotes, etc.—, sino que, por el contrario, se compromete a vivir esa perfección precisamente en el mismo ejercicio de sus obligaciones sacerdotales, como sacerdote diocesano*³³.

Trabajo profesional; así consideraba el Beato Josemaría el ministerio sacerdotal: una tarea profesional de dignidad incomparable. Un trabajo que es servicio, porque servicio —*diaconía*— es la *sacra potestas*, la participación ministerial en la exousía de Cristo³⁴. Este servicio debe ocupar todas las energías, todas las ilusiones del sacerdote, con una donación incondicionada en favor de todas las almas, de modo que, con sus obras, pueda decir a todos como el Señor: «Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve»³⁵. *Los sacerdotes no tenemos derechos: a mí me gusta sentirme servidor de todos, y me enorgullece ese título. Tenemos deberes exclusivamente, y en eso está nuestro gozo: el deber de administrar los sacramentos, el de visitar a los enfermos y a los sanos; el deber de llevar a Cristo a los ricos y a los pobres, el de no dejar abandonado el Santísimo Sacramento, a Cristo realmente presente bajo la apariencia de pan; el deber de buen pastor de las almas, que cura a la oveja enferma y busca a la que se descarría sin echar en cuenta las horas que se tenga que pasar en el confesonario*³⁶.

Con la posibilidad de admitir sacerdotes diocesanos en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, el Fundador del Opus Dei vio institucionalizarse aquella labor suya que, desde los comienzos, se había dirigido a ayudarles a vivir con plenitud su vocación y su ministerio. Ayuda fraterna, ayuda ascética continuada con una espiritualidad secular y diocesana; eso es lo que encontrarán a partir de entonces en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz los sacerdotes que, en ejer-

³³ *Conversaciones*, 16.

³⁴ Cfr. *Mt* 28, 18; CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 28.

³⁵ *Lc* 22, 27.

³⁶ J. ESCRIVÁ, *Notas tomadas en una conversación*, 15-III-1969 (AGP, P02 1969, pp. 319-320).

cicio de su derecho y de su libertad, se incorporen a esta Asociación Sacerdotal: *una dirección espiritual personal solícita y continua en cualquier lugar donde se encuentren, que complementa — respetándola siempre, como un deber grave— la dirección común impartida por el mismo Obispo*³⁷.

*Servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida*³⁸. Ésta era toda la ambición del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Por eso le llenaban de alegría las palabras del Concilio Vaticano II: «han de ser tenidas en mucho y se deben promover diligentemente las asociaciones que, con estatutos reconocidos por la autoridad eclesiástica competente, fomentan la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio, a través de una ordenación de vida conveniente y de la mutua ayuda fraterna»³⁹.

Con este anhelo en el alma, con este amor a la Iglesia se consumió su vida en la tierra. Apenas dos horas antes de morir, el Fundador del Opus Dei decía a sus hijas en Castelgandolfo: *vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí. Podéis y debéis ayudar con esa alma sacerdotal y, con la gracia de Dios, al ministerio sacerdotal de nosotros, los sacerdotes. Entre todos, haremos una labor eficaz.*

*Sacad motivo de todo para tratar a Dios y a su Madre Bendita, Nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Ángeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio a su Iglesia y al Santo Padre*⁴⁰.

El 28 de noviembre de 1982, mediante la Constitución Apostólica *Ut sit*, Juan Pablo II erigió el Opus Dei en Prelatura personal, a la que quedaba intrínsecamente unida, como Asociación de clérigos, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Durante muchos años —todos los que pasé a su lado—, fui testigo de la intensidad de oración y de mortificación con que el Fundador del Opus Dei importunaba, y nos pedía que importunáramos al Señor, para que nos concediera esa solución jurídica definitiva.

Con esta figura, que se adapta perfectamente al espíritu del Opus Dei, queda confirmado, resellado, su carácter secular y, al mismo tiempo, se pone claramente de manifiesto lo que, con medidas extraordinarias, había mantenido

³⁷ *Conversaciones*, 16.

³⁸ Cfr. POSTULACIÓN DE LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DEL SIERVO DE DIOS JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SACERDOTE, FUNDADOR DEL OPUS DEI, *Artículos del Postulador*, Roma 1979, n. 294.

³⁹ CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 8.

⁴⁰ S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1980, p. 99.

desde siempre el Beato Josemaría: los sacerdotes diocesanos que se adscriben a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no tienen otro Superior eclesiástico distinto del propio Obispo, su dependencia de la Asociación no es una dependencia de régimen, *sino más bien una relación voluntaria de ayuda y asistencia espiritual*⁴¹, que se circunscribe exclusivamente al ámbito privado de la vida personal del sacerdote, en el que cada uno puede —y debe— disponer y decidir libremente.

Esta bendita tarea de fraternidad sacerdotal forma parte de la herencia que el Fundador del Opus Dei nos ha dejado a sus hijos. Una herencia que hace pesar sobre nuestros hombros la responsabilidad de continuar sus pasos, por el camino divino que abrió con su correspondencia heroica a las inspiraciones de Dios. No es empresa fácil; pero contamos con el auxilio del Cielo.

⁴¹ *Conversaciones*, 16.